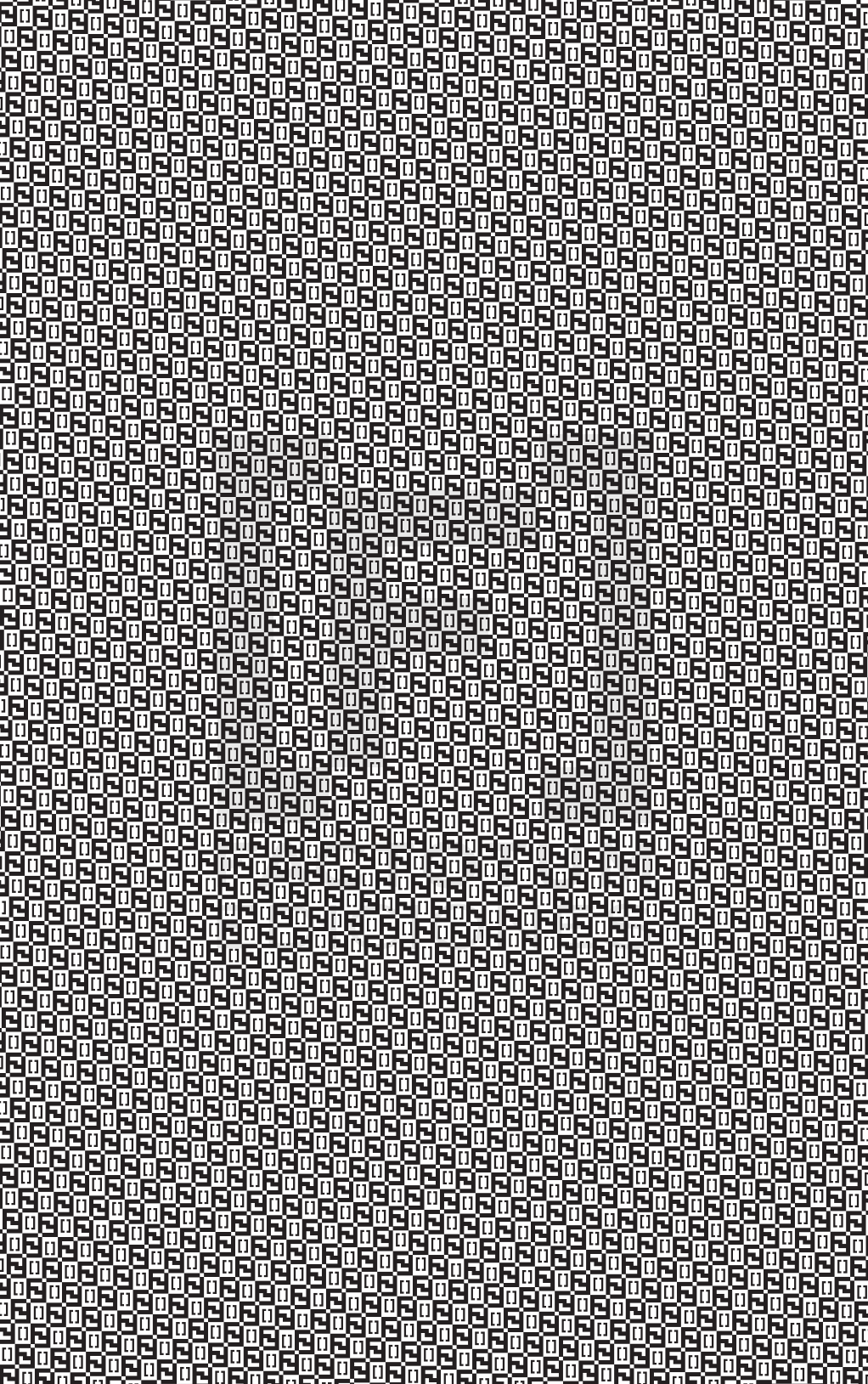

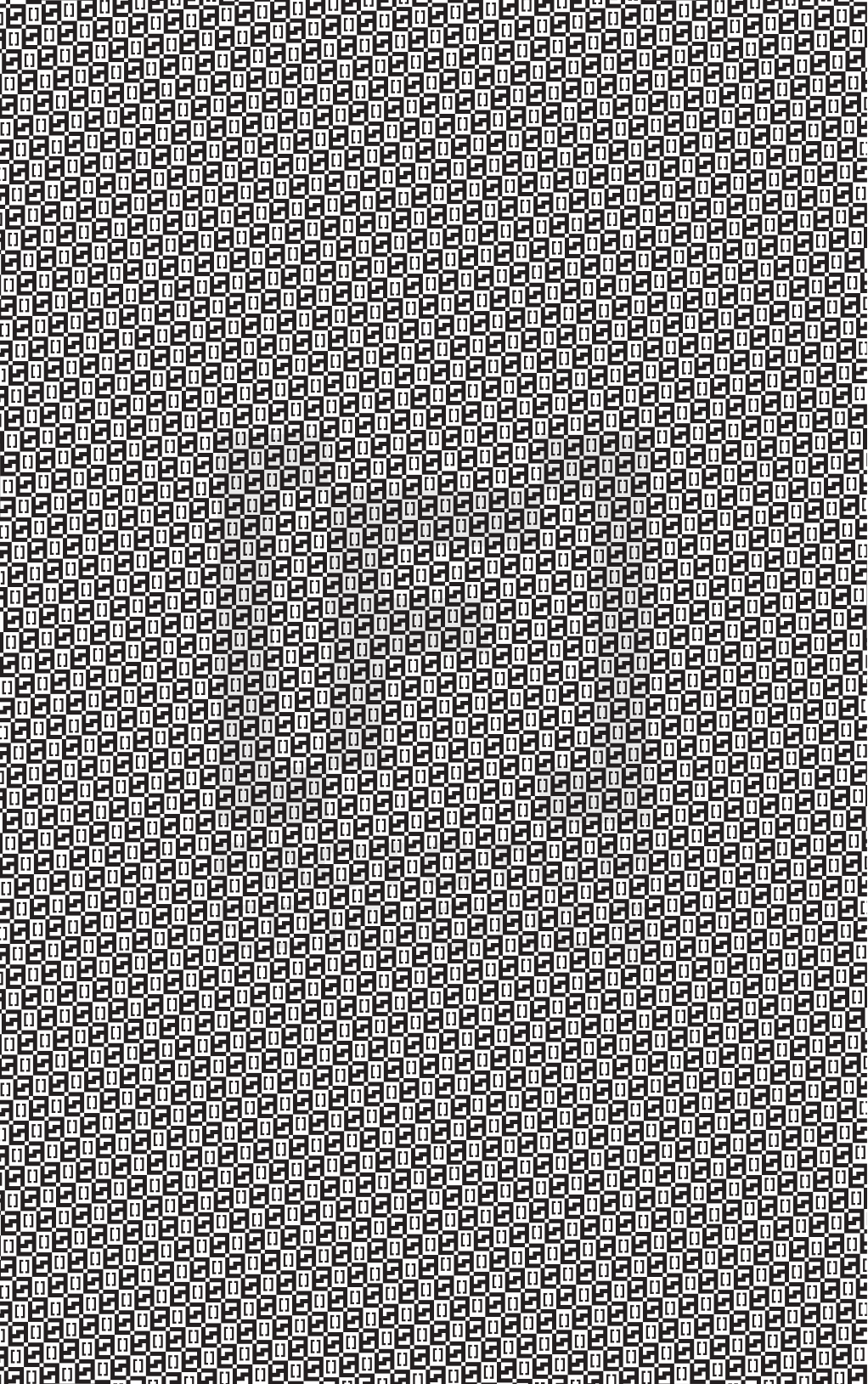

Perfidia

FACTOTUM
EDICIONES

FACTOTUM
EDICIONES

López, Marcelo
Perfidia / Marcelo López. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.
160 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-67-9

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© Marcelo López, 2025

© Factotum Ediciones, 2025
Pasaje Rivarola 115 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com

Edición integral: Fátima Nieves García
Corrección: Germán Giri
Diseño de maqueta: Renata Cercelli
Imagen de tapa: Violeta Rivas y Néstor Fabián con los integrantes del Sexteto Tango. Foto de José María Otero.

ISBN 978-987-4198-67-9

Libro de edición argentina
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Perfidia

Marcelo López

FACTOTUM
EDICIONES

FACTOTUM
EDICIONES

Dicen que tu vida pasa ante tus ojos a la hora de tu muerte,
y es verdad, hasta para los ciegos.
DAREDEVIL

FACTOTUM
EDICIONES

FACTOTUM
EDICIONES

–Señor Cajide, ¡las cenizas de su padre!

Desde la puerta del crematorio que Leonardo Cajide abandonó hace unos minutos, un empleado levanta a cierta altura una caja de cartón, de la que no distingue claramente sus formas, pero cree ver, en un reojo rápido, algunas inscripciones a sus lados; no parece ser otra cosa que una urna funeraria.

El cielo cubierto de nubes bajas que envuelven el aire de pesadez, con ocho grados de temperatura, hace más sucias las paredes descascaradas, las calles agrietadas, las cruces quebradas del cementerio municipal de Lanús.

Leonardo detesta cualquier tipo de ceremonia. No es por la aglomeración que pudiera suceder, ni por los gastos innecesarios o los artificios habituales, sino porque siempre cree ver en otros lo que le falta: una idea cerrada y prolija de la fe, un compromiso entre pares, una ideología a la que aferrarse o el abrigo de una familia.

FACTOTUM EDICIONES

Camina rápido por el frío y porque tiene ganas de terminar con toda esta ceremonia de la necrofilia que lo incomoda. Quiere volver lo antes posible a su casa para dormir dos días seguidos. Ya cumplió con su parte, no tiene nada más que hacer ahí.

El grito del empleado no detiene la marcha del grupo compacto, que camina rápido hacia los tres autos que dejaron estacionados a cincuenta metros de la puerta del crematorio, en ese invierno sucio y pobre del sur del conurbano. Son solo cuatro familiares y un pastor evangélico, que atesora en el pecho una Biblia como si alguien se la quisiera quitar.

–¡Señor Cajide! –reiteran el llamado, más resuelto.

Ante la insistencia, Leonardo se separa del grupo, presumiendo que el Cajide a quien se dirigen es a él, aun cuando a su lado caminan un hermano y un tío paterno. Mira la chimenea humeante del crematorio y, a esa distancia de cuarenta metros que ya había recorrido, también grita.

–¡No se preocupe! Déjelas con el resto de las cenizas, por favor.

–Pero tiene que llevárselas –insiste el empleado con un guardapolvo que en algún momento fue azul o algo parecido.

–No hace falta. Gracias.

FACTOTUM EDICIONES

I

Hace unas semanas, invité a mi padre a tomar un whisky en un bar de Adrogué. Llegué temprano, como siempre lo hago, en cualquier circunstancia, temprano, antes que todos y que todo. Llevaba un rato sentado sin pedir nada cuando lo vi buscarme detrás del vidrio de la puerta.

Entró al bar con su ropa gastada, su jopo largo y despeinado en medio de una calvicie a medias, y con esa hernia sobresaliendo de su suéter desde el punto máximo de su panza. No hay rasgo más característico de mi padre que el color de su piel morena, brillosa, de una herencia árabe perdida en el tiempo. En ese momento parecía cubierta de ceniza. Después será más gris, más blanca, más fría. Después se volverá tan fría, tan blanca, tan débil que parecerá una suave cortina sobre sus venas, en la mano que voy a tocar en una sala de cuidados intensivos.

Habíamos vuelto a comunicarnos hacía unos meses, después de un largo período de no saber nada uno del otro.

FACTOTUM EDICIONES

–Disculpame, Leo, había mucho tránsito por la avenida Espora –dijo antes de sentarse.

–¿Viniste en auto o en colectivo?

–No, caminando –dijo, sin inmutarse.

Lo había invitado con el propósito de hablar no solo de cómo enfrentaba las últimas etapas de su enfermedad, sino también para hacer una revisión de ciertas cosas que lo habían llevado hasta ahí, horas antes de que se internara en la clínica. Mi plan incluía poder decirle en la mesa del bar cómo tenían que ser los días que vendrían. Y, por sobre todas las cosas, recordarle a su cara enferma cómo habían sido sus años previos, cómo había muerto, cómo dejó de creer en él y en las cosas que lo hacían feliz. No le diría que estaba muerto para mí. No. Que estaba muerto, punto. Que se había muerto hacía más de treinta años.

Antes de su furibundo apego a cierto culto evangélico, creyó en otros paraísos. Fue pleno en las noches. Y en todas sus formas de vivir alguna vez se sintió lobo entre artistas, teatros, clubes y festivales; en una geografía extendida que podía ir de San Telmo a las playas de Panamá. Disfrutó de largas charlas clandestinas en un comité radical, y se emocionó ayudando a sus vecinos de Glew y San José, lugares de los que nadie suele ocuparse. Eufórico, fanático, gritó por nuestro San Lorenzo de Almagro con una pequeña Spica pegada a su oreja izquierda, en un estadio que ya no existe.

Mientras se acomodaba en la silla frente a mí lo recordé, sonriendo y orgulloso, jugando al *Trivial Pursuit* una tarde de invierno en un local de juegos de Mar del

FACTOTUM EDICIONES

Plata; en una Alem tan desapacible como lo estaba ahora la calle Seguí, detrás de las ventanas del bar.

En ese negocio de espaldas al mar estuvo horas respondiendo preguntas sobre historia, ciencias naturales o geografía; iba conquistando pedazos de plástico parecidos a porciones de pizza que lo llevaron a ganar la partida, rodeado de personas que aplaudían y a quienes agradecía con ademanes elegantes.

Ningún lujo quedaba en ese cuerpo agotado por los dolores, sentado incómodo en una silla de caños negros. Sus uñas estaban largas.

–Tenés que pelear, resistir, salir adelante. No podés bajar los brazos –le dije mirándolo a los ojos cansados.

Me di cuenta de que le hablé con el tono de los pastores evangélicos que seguía con devoción y a los cuales se aferró los últimos años. Mucho, demasiado. Esos hombres de salmos cantados que no lo ayudaron a salir de la inacción y la miseria en las que se había abandonado. Desde entonces me llevaron a odiar una frase que le escuché infinidad de veces: "El Señor proveerá".

Para que me prestara atención, elegí usar algunas frases usuales con las que venden a los despojados de toda esperanza una incierta posibilidad de una buena vida, dinero o una cura milagrosa. Bendiciones que no formaron parte de la vida de mi padre durante sus últimos años. Por eso estábamos sentados en esa incomodidad.

–Tenés que ser fuerte y pelearla. –Era reiterativo. Moví mi vaso de whisky puro, que habíamos pedido con el suyo, que llevaba hielo y agua.

FACTOTUM EDICIONES

Nada más vacío de convencimiento que un sermón falso. Falso porque, a decir verdad, me reivindico ateo, descreo de las frases motivacionales, rechazo el *coaching* y me cansé del psicoanálisis. El dinero de las últimas sesiones de terapia lo gasté en un par de botellas de ron cubano y una caja de habanos.

Pero aun en esa falsedad, la frase, sin signos de interrogación, busca una respuesta. O varias.

Seamos sinceros, desde el momento en que me senté en ese bar sabía que no quería volver a esos diálogos impersonales sobre la realidad política del país o el último partido de San Lorenzo.

Como no encontraba muchos argumentos para decirle cómo tenía que luchar contra la enfermedad, cómo soportar tratamientos e invasiones, había resuelto ir en otra dirección. Sentarme frente al cuerpo castigado por la quimioterapia y describirle su enfermedad como consecuencia y no como circunstancia. Estoy convencido de que, antes de que el cáncer comenzara a devorar sus pulmones, cada arteria, cada vena y los músculos que lo mantenían en pie estaban contaminados por la fatalidad, las derrotas, las angustias, el abandono.

El plan que me había propuesto llevar a la práctica era el de recuperar en escenas del pasado los momentos de vitalidad, sus fortalezas y arrogancias. A su vez, redefinir la memoria de las caídas, de diversas etapas de su vida, para usar en este presente de dolor lo que pudiera servir para seguir adelante.

Editar una vida, proyectar un deseo.

FACTOTUM EDICIONES

Como aquello que hacía con el proyector Cine Graf que me habían regalado a los ocho años. Un proyector de cine de juguete con películas de papel celofán que pasaban por su lámpara mediante el movimiento que ejercía girando una manivela de plástico. Hacía mis propios cortometrajes. En mi cuarto, cortaba y pegaba a mi antojo los contenidos de los carretes, mezclando popeyes con próceres de la historia argentina, gatos rojos con autos de carrera azules. Proyectaba sobre la pared un *collage* de retazos incoherentes unidos por mi imaginación, donde siempre buscaba un final feliz en el cual pintar con una fibra de trazo grueso la palabra "fin".

Ahora estaba decidido a corregir el lente para darle mayor nitidez a la vida de mi padre. Para él, para mí, para nosotros.

En esa conversación planificada, hablé de una foto tomada en un aeropuerto, que elegí como comienzo de un mecanismo de reconstrucción.

–No sé si te acordás, pero yo tengo muy presente una imagen tuya subiendo a un avión en Aeroparque. –Sorbí lento un poco de whisky para dar sentencia y dramatismo a mi frase. Estaba construyendo el encuentro como un proceso, un juicio.

–Creo que esa foto que me decís no es en Aeroparque, ¿sabés? Es en Ezeiza. Me acuerdo muy bien porque estábamos saliendo con Los Panchos hacia Perú. Octubre o noviembre de 1970. Y era un avión de Braniff; a la vuelta le compré un pañuelo a tu madre. Se compraban muchas cosas arriba de los aviones. A ella le gustaban los pañuelos de seda.

FACTOTUM EDICIONES

–¿La foto quién la sacó? –pregunté buscando un detalle que, pensé, no hacía a la cuestión.

–Puede ser un fotógrafo de la revista *Gente* que nos seguía en muchas de las giras que hacíamos con Los Panchos. Si la viste en casa es seguramente porque después me la mandó de regalo. Yo tenía buena relación con los periodistas y algunos fotógrafos eran muy amigos.

Traje de alpaca inglesa, gemelos de oro y corbata de seda, el trío Los Panchos, el avión Braniff, la revista *Gente*. Amigos. La mano extendida, grande, segura. Ese era mi padre.

FACTOTUM
EDICIONES